

Deborah, la celosa...



Estoy en la oficina, esperando pasar a una reunión con el gerente, en la cual se juega – *nada más y nada menos* - que mi ascenso. Todo dependerá de la fuerza con que sea capaz de presentarle, mi acariciado proyecto. Y me encanta el desafío.

Una compañera que pesa ciento treinta kilos y mide un metro con sesenta, está trabajando cerca de mi escritorio. Antes hacía *telemarketing* en la empresa, pues posee una voz “*radiofónica*” que a todos nos parece espectacular. Cuando se la escucha por teléfono, es difícil recordar algo mejor. El sobrenombre interno que le han puesto, es “*la voz*”. Embelesados, los que la escuchan por teléfono la invitan a salir, pero aquellos que la ven, escapan agazapados...

Déborah llama a mi interno y mi compañera, automáticamente toma el llamado y contesta. Que no haya sido yo el que atendió, estoy seguro que a mi mujer la puso loca y desquiciada. La conozco demasiado...

Temblando y sabiendo que es lo que me espera, me pasa el aparato y escucho su alterada y jadeante voz:

- *Veo que estás rodeado de putitas. ¿Quién es esa que me atendió? ¿Acaso la tenés sentada en las rodillas?... ¡Te felicito! ¡¡Esas son unas reverendas putas, unas rameras y vos, un degenerado!!! Te odio, no sabés cuánto te odio, uno de estos días no me vas a ver más, pero antes me voy a vengar... Quédate con tus gatitas.* – me dice a los gritos.
- *Escúchame Déborah, yo creo que jamás te di motivos... ¡¿Hola?! ¡¿Déborah?!...- respondo intentando calmarla.*
- *¡Tú – tú – tú – tú – tú...!!!!*

Sus gritos traspasaron el auricular y la oficina entera, se dio vuelta. Están acostumbrados y después de tantas veces, ni siquiera se ríen... Me pongo colorado de vergüenza y desearía que la tierra, me tragase...



Empieza a doler y arderme la boca del estómago. Siento una amargura que me destruye internamente, y lo hace justo antes de reunión tan importante. Me encierro en el baño e intento ordenar mis pensamientos.

Cuando la conocí a *Déborah*, me pareció que sus celos eran mínimos y que quizás se acabarían al casarnos, pero al mes o tal vez antes, expuso al rojo vivo su verdadero drama: unos celos patológicos y altamente imaginativos.

Comenzó a llamarme al trabajo con cualquier mínimo pretexto y a chequear mis horarios para saber la hora de salida; a preguntarme adónde estuve, si acaso tardaba media hora más de lo esperado. Hasta accedí a mostrarle cada día, el *ticket* del pasaje con el horario impreso...

Cuando viajaba por motivos de trabajo, ella llamaba al hotel para saber si estaba en mi cuarto o había salido. El escándalo era mayúsculo si no estaba, aunque hubiese salido a caminar o a comer.

Comencé a sentirme asfixiado por tanta obsesión. Un infierno terrible el de vivir cada día con semejante enferma, que no entiende razones y no escucha.

Cualquier mujer atractiva que cruzáramos en la calle mientras me paseaba con ella, hacía que automáticamente sintiese su mirada clavada en mis ojos, observando si me volteaba a mirarla. Aprendí instintivamente a mirar hacia otro lado y fingir indiferencia, para evitarme más y más problemas.

Ella solamente ve el cielo de color negro, aunque esté celeste y defiende su idea hasta la muerte. Lo que ella ve, es lo único que cuenta; una simple amistad con algunas mujeres del trabajo u otro lado, es vista con odio y es motivo seguro de un escándalo.

Ni siquiera la demostración por el absurdo de sus infundadas sospechas, la consuela; he comprendido que tiene incurablemente enferma su increíble y frondosa imaginación.

Es celosa, no por aquello que haya visto - *jamás le di motivos* -, sino por aquello que imagina. Se cree absolutamente todo aquello que su pasión le sugiera.

Sus celos prolongan la tiranía con la cual intenta manejarme. Me siento tratado como una simple propiedad de ella y no como lo que soy, una persona.

Debo explicarle cada movimiento. Dónde fui y con quién estuve. No quiere que salga, ni solo ni acompañado. Me espía y me interroga. Sus celos me asfixian y me siento perdido, como en una fría y negra tumba.

Traté de demostrarle que ella es única e irremplazable en mi vida. Jamas intenté compararla, ni que compitiese con nadie y procuré darle total seguridad, para que no tuviese el temor de ser reemplazada. Pero nada.

Hablamos sobre que quizás necesitaríamos consultar con un psicólogo. En ocasiones lo acepta, pero luego lo niega y se deprime.

Incluso, comenté con ella un artículo periodístico sobre celos respecto de la *figura de apego inicial* en la primera infancia, generalmente la madre, que de grande es sustituida por otra. El celoso tiene miedo de perder la nueva *figura de apoyo*, sobre todo si le fue mal con la primera. Pero nada.

Hasta siente terribles y patológicos celos de mis anteriores relaciones y cuando piensa en ello, le invaden espantosas depresiones. Sus celos ciegan totalmente su razón y hasta llegué a tener miedo - especialmente cuando ingiere alcohol para serenarse -, que sus celos se transformen en locura asesina y sin control...

Hasta me cela de su hermana y quiere que desaparezca, que me vaya a encerrar en el dormitorio, cuando aquella nos visita luciendo sus pantalones ajustados. Nunca está en paz y cada día, me aflige más y más... ¿Hasta cuando, seré capaz de soportarla...?

No sé qué hacer. La amo con toda mi alma, pero no lo entiende; cree ser la dueña de mi espacio, de mi vida, de mis aspiraciones, de mi tiempo y sólo falta que quiera serlo también, de mi mente y de mis pensamientos...

Hasta me reprocha que yo, no la cele. Y es que simplemente veo a los celos, como una medianera entre el odio y el amor. Y aunque los produzca el amor, como las cenizas el fuego, los celos matan al amor como las cenizas ahogan a las llamas...

Si los celos forman parte del amor, creo que se parecen a la fiebre, que al tenerla demuestran que el enfermo está con vida, pero vida enferma y lastimosa. En los celos, siento que hay más amor propio – egoísmo –, que verdadero y puro amor.

Uno ve a los demás, como es uno mismo. Proyecta en el otro, lo que es uno. Jamás la traicionaría y no imagino que ella, pudiese hacerlo conmigo... Quizás por eso, no la celo. De cualquier manera, lucho a brazo partido para no subirme a su delirio, ni a compartir y aceptar como reales, sus locos y delirantes extravíos. Me amenaza veladamente, diciendo que siente que no la quiero, ni le deseo y que irremediamente, eso debe ser porque estoy viviendo una aventura, con otra mujer... Y se lo cree, recomenzando el escándalo.

A veces, parece que intentase atarme a la pata de una silla para no sufrir y eso, va a terminar destrozándome a mí, a ella y a nuestra relación. Cree que soy su propiedad y se pone celosa incluso de algunas actividades que sanamente me distraen, como un simple partido de fútbol dominical... Hasta rivaliza en su demencia con todo aquello que piensa, que le quita un mínimo de tiempo para compartir conmigo. A veces siento que me asfixio...

A una amiga de ella, escuché que un día le decía por teléfono a Déborah: *“¿Es preferible que te engañen de tanto en tanto, antes que vivir recelosa como vos, en un infierno dantesco, que no te deja reposar y aflige a tu marido...!”* Pero nada. Es impenetrable.

Cuando esta noche regrese a casa, seguro que me esperarán reproches y reclamos... No soporto tantas y tantas exigencias de incondicionalidad. Sus venenosos gritos, los siento acaso más mortíferos y desgarrantes que los colmillos de una cobra o de una cascabel... Ella me reclama sacrificios, pero nunca es capaz de sacrificarse por mí y es muy egoísta, porque desea ser amada incondicionalmente, como una niña caprichosa...

He pensado en divorciarme, pero no solucionaría su problema de duda permanente... Yo me libraría (y hasta cierto punto), pero ella seguiría siendo prisionera de esos celos enfermizos, tan absurdos. No sé qué hacer...

El gerente me llama a su oficina. En mi peor estado anímico y en el límite de fuerzas... sin ganas de nada, me persigno y arrastrándome detrás de mí, entro como puedo a su despacho...

FIN